

Enhanced Document

Más que los pensadores de cualquier época anterior, los del Iluminismo adherían firmemente a la convicción de que la mente puede aprehender el universo y subordinarlo a las necesidades humanas. La razón se convirtió en el dios de estos filósofos, quienes se inspiraron principalmente en los avances científicos de los siglos precedentes. Tales avances los llevaron a una concepción del universo basada en la aplicabilidad universal de las leyes naturales. Utilizando los conceptos y las técnicas de las ciencias físicas, emprendieron la tarea de crear un mundo nuevo basado en la razón y la verdad. Esta última fue el objetivo fundamental de los intelectuales de dicha época; pero la verdad no basada en la revelación, la tradición o la autoridad, sino aquella cuyos pilares gemelos serían la razón y la observación.

Si la ciencia había revelado la acción de las leyes naturales en el mundo físico, quizá podían descubrirse leyes similares en el mundo social y cultural. Así, los philosophes investigaron todos los aspectos de la vida social; estudiaron y analizaron las instituciones políticas, religiosas, sociales y morales, las sometieron a crítica implacable desde el punto de vista de la razón y reclamaron el cambio de aquellas que la contrariaban. Por lo general, descubrían que los valores y las instituciones tradicionales eran irracionales. Esto solo era otra manera de decir que las instituciones vigentes eran contrarias a la naturaleza del hombre, y por tanto, inhibían su crecimiento y desarrollo: las instituciones irrazonables impedían a los hombres realizar sus potencialidades. Por ello, estos pensadores hicieron guerra constante a lo irracional, y la crítica se convirtió en su arma más importante. Combatieron lo que consideraban superstición, fanatismo e intolerancia; lucharon contra la censura y exigieron libertad de pensamiento; atacaron los privilegios de las clases feudales y las restricciones sobre la clase industrial y la comercial; por último, intentaron secularizar la ética. Conocían perfectamente las conquistas intelectuales positivas logradas hasta entonces, pero eran también críticos, escépticos y seculares. Fundamentalmente, fue la fe en la razón y en la ciencia lo que dio impulso tan vigoroso a su obra y los llevó a ser humanitarios, optimistas y confiados.

Algunos estudiosos del Iluminismo han sostenido, sin embargo, que «los philosophes estaban más cerca de la Edad Media, menos liberados de los preconceptos del pensamiento cristiano medieval de lo que ellos pensaban y de lo que ha supuesto comúnmente».

«Más que logros efectivos y afirmaciones, son interrogaciones las que nos han impresionado y llevado a atribuir a su obra carácter moderno. Los «philosophes» demolieron la Ciudad de Dios de San Agustín, pero solo para reconstruirla con materiales más modernos». Ernst Cassirer, que es quizá el más grande historiador de la filosofía del siglo XVIII, comparte esta opinión hasta cierto punto. «Sus enseñanzas dependían de los siglos anteriores —escribe Cassirer— en mucho mayor medida de lo que pensaban los hombres de la época (...). Más que aportar y poner en circulación ideas nuevas y originales, ordenaron, tamizaron, desarrollaron y aclararon esa herencia.» Sin embargo, como con paciencia demostró Cassirer, el Iluminismo creó realmente una forma de pensamiento filosófico que era original en su totalidad, pues solo con respecto al contenido siguió dependiendo de las lucubraciones de los siglos precedentes. Sin duda, sus construcciones intelectuales se erigieron sobre los cimientos colocados por los pensadores del siglo XVII —Descartes, Spinoza, Leibniz, Bacon, Hobbes y Locke—, y reelaboró sus ideas principales; pero en esta misma reelaboración aparecieron nuevo significado y nuevas perspectivas. El filosofar se convirtió en algo diferente.

Los pensadores del siglo XVIII habían perdido la fe en los sistemas metafísicos cerrados y autosuficientes del siglo anterior; habían perdido la paciencia ante una filosofía confinada a axiomas definidos e inmutables y a realizar deducciones a partir de ellos. En mayor medida que antes, la filosofía debía convertirse en la actividad mediante la cual es posible descubrir la forma fundamental de todos los fenómenos naturales y espirituales. «Ya no debe separarse la filosofía de la ciencia, la historia, la jurisprudencia y la política; más bien, aquella debe ser la atmósfera en la que estas puedan existir y ser efectivas» (pág. vii). Se da gran importancia a las investigaciones e indagaciones; el pensamiento del Iluminismo no es solo reflexivo, ni se contenta con tratar de forma exclusiva verdades axiomáticas. Atribuye al pensamiento una función creadora y crítica, «el poder y la tarea de moldear la vida misma» (pág. viii). La filosofía ya no es mera cuestión de pensamiento abstracto, sino que adquiere la función práctica de criticar las instituciones existentes para demostrar que son irrazonables e innaturales. El Iluminismo exige el reemplazo de estas instituciones y de todo el orden anterior por otro nuevo, más razonable, natural y, por ende, necesario. La realización del nuevo orden es la demostración de su verdad. El pensamiento del Iluminismo tiene, pues, tanto un aspecto negativo y crítico como un aspecto positivo. Lo que le da una cualidad nueva y original no es tanto la peculiaridad de sus doctrinas, axiomas y teoremas, sino el proceso de criticar, dudar y demoler, así como el de construir. Con el tiempo, esta unidad de tendencias «negativas» y «positivas» se quebró, y después de la Revolución Francesa, según veremos, ambas se manifiestan como principios filosóficos separados y antagónicos.

El espíritu del Iluminismo

Para los pensadores del Iluminismo, todos los aspectos de la vida y la obra del hombre estaban sujetos a examen crítico: las diversas ciencias, la revelación religiosa, la metafísica, la estética, etcétera. Percibían claramente gran número de poderosas fuerzas capaces de arrastrarlos, pero se negaban a abandonarse a ellas. La autocrítica, la comprensión de su

propia actividad, de la sociedad y la época en que actuaron, constituían una función esencial del pensamiento. Mediante el conocimiento, la comprensión y la identificación de las fuerzas y tendencias principales de su tiempo, los hombres podían determinar la dirección de esas fuerzas y controlar sus consecuencias. La razón y la ciencia permitían al hombre alcanzar grados cada vez mayores de libertad y, por ende, un creciente nivel de perfección. El progreso intelectual —idea que impregna todo el pensamiento de esa época— debía servir constantemente para promover el progreso general del hombre.

A diferencia de los pensadores del siglo XVII, para quienes la explicación debía partir de la deducción estricta y sistemática, los philosophes construyeron su ideal de explicación y comprensión según el modelo de las ciencias naturales contemporáneas. No se inspiraban en Descartes, sino principalmente en Newton, cuyo método no era la deducción pura, sino el análisis. Newton estaba interesado en los «hechos», en los datos de la experiencia; los principios y el objetivo de sus investigaciones descansaban, sobre todo, en la experiencia y la observación; para resumir, tenía una base empírica. El fundamento de sus indagaciones era la suposición de que en el mundo material rigen el orden y la ley universales. Los hechos no son una mezcla caótica y fortuita de elementos separados; por el contrario, parecen incorporarse a ciertas pautas y presentar formas, regularidades y relaciones definidas. El orden es inmanente al universo, creía Newton, y se lo descubre no mediante principios abstractos, sino mediante la observación y la acumulación de datos. Esta es la metodología que caracteriza al siglo XVIII, y su enfoque peculiar la distingue de la que adoptaron los filósofos continentales del siglo XVII. Condillac, por ejemplo, en su *Traité des Systèmes* (Tratado de los sistemas, 1749), basándose en Locke, justifica explícitamente esta metodología y critica a los grandes sistemas del siglo XVII por no haber adherido a ella. Para todos los fines prácticos, los racionalistas del siglo XVII ignoraron...

Dominaba completamente el conocimiento. Por ello, Comte y otros exigen la necesidad de un nuevo método que una lo «positivo» y científico con lo racional. Es necesario estudiar los fenómenos en sus formas y conexiones inmanentes. Comte y otros exigen la aplicación de este nuevo método para el progreso intelectual. La lógica nueva, verdad, pues «la lógica del concepto puramente matemático debe ser reemplazada por la lógica de los hechos» (pág. 9).

Observando el proceder real de la ciencia, los philosophes vieron que la síntesis de lo «positivo» y lo «racional» no era un ideal inalcanzable, sino plenamente realizable. Las ciencias de la naturaleza estaban demostrando su propia validez; podía percibirse claramente su progreso como el resultado de la marcha triunfal del nuevo método científico. En el transcurso de un siglo y medio la ciencia había realizado una serie de significativos avances y luego, Newton, había dado un paso hacia adelante de carácter verdaderamente cualitativo: la compleja multiplicidad de los fenómenos naturales fue reducida a una única ley universal y comprendida como tal. Se trataba de una victoria impresionante del método. Los philosophes observaron que la ley general de la gravitación de Newton no fue el resultado exclusivo de la teorización ni de la experimentación o la observación esporádica, desprovistas de guía teórica; el descubrimiento fue el fruto de la rigurosa aplicación del método científico. Newton completó lo que otros habían comenzado. Conservó, usó y dio forma concreta al método que antes de él emplearon Kepler y Galileo, y cuya característica principal era la interdependencia de los aspectos analíticos y sintéticos.

Utilizando el descubrimiento de Galileo de que los cuerpos en caída libre adquieren aceleración constante, y la observación de Kepler de que existe una relación fija entre la distancia de un planeta respecto al Sol y la velocidad de su revolución, Newton llegó a la ley según la cual el Sol atrae a los planetas con una fuerza directamente proporcional a sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ellos. Luego pudo demostrar que todos los cuerpos del universo adquirieron sus posiciones y movimiento por la fuerza de la gravitación. Además, la fuerza que mantiene a los planetas en su órbita provoca también la caída de los cuerpos en la tierra. Esa ley regía todo el universo. El universo finito se había convertido en una máquina infinita, eternamente en movimiento, gracias a su energía y mecanismos propios. La causalidad externa explicaba su funcionamiento desprovisto de apariencia de propósito o significado. El espacio, el tiempo, la masa, el movimiento y la fuerza, eran los elementos esenciales de este universo mecánico, que podía captarse en su totalidad aplicando las leyes de la ciencia empírica y de la matemática. Esta concepción ejerció una influencia incalculable sobre los intelectuales del Iluminismo. Era para ellos un magnífico triunfo de la razón y la observación, un método que tomaba los hechos observados y su interpretación para explicar lo observado, de modo que esta interpretación correcta podía guiar a los observadores en la búsqueda de nuevos hechos.

Lo nuevo y original en el pensamiento del Iluminismo es, pues, la adopción sin reticencias del modelo metodológico de la física de Newton; y lo más importante para nuestra consideración de los fundamentos filosóficos de la teoría sociológica es el hecho de que,

inmediatamente después de su adopción, su empleo se generalizó, abarcando otros ámbitos, fuera de la matemática y la física. El método científico llegó a ser herramienta indispensable para el estudio de todos los fenómenos. «Por mucho que difieran entre sí las conclusiones de los pensadores y las escuelas individuales —escribe Cassirer—, concuerdan en esta premisa epistemológica. El Tratado de metafísica de Voltaire, el Discurso preliminar de D'Alembert y la Investigación sobre los principios de la teología natural y la moral de Kant coinciden todos en este punto (pág. 12). Nuevamente, podemos comparar esto con el sentido que daban los racionalistas del siglo XVII al término «razón». Según Descartes, Spinoza y Leibniz, para elegir a los pensadores más típicos de ese período, la razón es el dominio de las «verdades eternas», que son lo mismo tanto para el hombre como para Dios. No es esta la concepción del siglo XVIII, que, según sostiene Cassirer, «tomaba la razón en un sentido diferente y más modesto. Ya no es la totalidad de las "ideas innatas" anteriores a toda experiencia y reveladoras de la esencia absoluta de las cosas. Ahora se la considera más como una adquisición que como una herencia. No es el cofre de la mente en el que se halla atesorada la verdad, como una moneda; es más bien la fuerza intelectual original que guía el descubrimiento y la determinación de la verdad (...) Todo el siglo XVIII entiende la razón en este sentido; no como un sólido conjunto de conocimientos, principios y verdades, sino como una especie de energía, una fuerza que solo es totalmente comprensible en su acción y sus efectos» (pág. 13).

La razón no se inclina ni ante lo meramente fáctico, los simples datos de la experiencia, ni ante las «evidencias» de la revelación, la tradición o la autoridad. La razón, junto con la observación, es un medio para el logro de la verdad. Aun los autores de la Enciclopedia tenían sobre ella este punto de vista; serviría no solamente para brindar conocimiento e información, sino también, y en especial, para cambiar el modo tradicional de pensar, «pour changer la façon commune de penser» (pág. 14). El cambio, en verdad, se hizo cada vez más evidente y entonces se aplicó el análisis a los fenómenos y problemas psicológicos y hasta sociológicos. Era indudable que también en estos campos la razón convertía

Con respecto a la obra de Kant, Zeitlin debe referirse a *Untersuchung über die Deutlichkeit der Grundsätze der Theologie und der Moral* (Investigación sobre la evidencia de los principios de la Teología y de la Moral), trabajo presentado al concurso de la Academia de Berlín en 1764. (N. del E.)

instrumento poderoso, si empleaba el método especial consistente en el análisis de elementos separados y la reconstrucción sintética.

Los pensadores del siglo XVIII conocían dos tendencias filosóficas intelectuales del siglo anterior que habían permanecido relativamente aisladas una de otra y que, por ende, habían influido recíprocamente de manera significativa: la filosofía racionalista por una parte, y la filosofía empirista por la otra. Descartes ejerció una influencia fundamental en el surgimiento de la primera corriente, mientras que Galileo apeló a la experimentación y Bacon explicó sus virtudes particulares. Una manera de considerar el aporte especial del Iluminismo es, pues, señalar su constante esfuerzo por fundir esos enfoques filosóficos distintos, logrando así una metodología unificada. Los philosophes creían haber sintetizado los mejores elementos de ambas corrientes filosóficas. La filosofía empirista tuvo profundo ascendiente sobre el pensamiento de estos hombres; desde este punto de vista, la influencia de John Locke, el gran exponente del empirismo, fue casi tan importante como la de Newton. Puesto que la obra de Locke desafió ciertas ideas predominantes, y como su propio enfoque fue luego puesto en tela de juicio por otros, será útil examinar brevemente la teoría de este pensador acerca del origen de las ideas.

En su famoso Ensayo sobre el entendimiento humano, Locke sostenía, en oposición a algunos de sus contemporáneos, que las ideas no son innatas a la mente humana. Por el contrario, al nacer, la mente es una tabula rasa, esto es, se halla en blanco y vacía; solo a través de la experiencia penetran en ella las ideas. La función de la mente es reunir las impresiones y los materiales que suministran los sentidos. Según esta concepción, el papel de la mente es esencialmente pasivo, con poca o ninguna función creadora u organizadora, y es evidente que tal punto de vista debía prestar gran apoyo a los métodos empíricos y experimentales: solo podía aumentarse el conocimiento ampliando las experiencias de los sentidos. Por otra parte, Locke promovió aún más el método científico consistente en concentrar la atención en las magnitudes medibles e ignorar los otros aspectos de los objetos investigados, al proponer una clasificación de las cualidades de la materia en primarias y secundarias: es posible experimentar directa e inmediatamente la extensión, el número y el movimiento; en cambio, el color y el sonido no tienen existencia fuera de la mente del observador. Posteriormente, la epistemología de Locke condujo al idealismo y al escepticismo entre los filósofos ingleses, y al materialismo entre los franceses.

En Inglaterra, el obispo Berkeley, por ejemplo, sostuvo que la distinción de Locke entre cualidades «primarias» y «secundarias» era muy dudosa y difusa: ninguna cualidad tiene existencia fuera de la mente del que percibe. Esto equivalía a decir que la materia no existe, o al menos que no era posible demostrar su existencia.

En realidad, Berkeley afirmaba que solo existe el espíritu y que este espíritu es Dios. Así, defendía al espíritu, el objeto de la religión, atacando a la materia, el objeto de la ciencia. David Hume dio un paso más: la mente no puede conocer nada fuera de sí misma; por lo tanto, para el hombre todo conocimiento del mundo externo es imposible. Examinaremos la obra de Hume más adelante, pues a partir de ella Immanuel Kant dio comienzo a su propio

sistema filosófico.

Muchos filósofos franceses, en cambio, trasladaron las ideas de Locke al materialismo científico, proceso que estuvo relacionado probablemente con el rígido y caprichoso absolutismo imperante en Francia y con el hecho de que este fuera apoyado por la Iglesia. El materialismo aparecía como un arma ideológica efectiva contra el dogma de la Iglesia. Condillac expuso y desarrolló la teoría de Locke sobre el origen del conocimiento. El más consecuente, a este respecto, fue Holbach, quien rechazaba toda causa espiritual y reducía la conciencia y el pensamiento al movimiento de moléculas en el cuerpo material. Mientras que Helvecio, Holbach y La Mettrie fueron exponentes del materialismo, Condillac, aunque aceptaba la teoría de Locke en la mayoría de sus puntos esenciales, introdujo en ella importantes cambios, cuyas implicaciones iba a desarrollar Kant más tarde. En su descripción de las ideas de Condillac, Cassirer dice que la mente, a partir de los datos sensoriales más simples que recibe, "adquiere gradualmente la capacidad de concentrar su atención en ellos, de compararlos y distinguirlos, y de separarlos y combinarlos" (pág. 18). Condillac atribuye, pues, un cierto papel creador y activo a la mente; el conocimiento se obtiene de alguna manera por medio de la mente y su capacidad de razonamiento. Mientras que la teoría de Locke atribuía un papel pasivo al observador —este era un mero receptor de impresiones sensoriales y la mente no desempeñaba un papel activo en la organización de las mismas—, Condillac sostiene que, una vez que despierta en el hombre la facultad de pensamiento y de razonamiento, deja de ser pasivo y de adaptarse simplemente al orden existente. Ahora el pensamiento puede avanzar e incluso levantarse contra la realidad social, "convocarla ante el tribunal de la razón y poner en duda sus títulos legales a la verdad y la validez. Y la sociedad debe resignarse a ser tratada como la realidad física sujeta a investigación" (pág. 18). Condillac, en su Tratado de las sensaciones, declara: la sociología debe convertirse en una ciencia cuyo método "consiste en enseñarnos a reconocer la sociedad como un 'cuerpo artificial', compuesto de partes que ejercen influencia recíproca". Así, Condillac asigna un papel decisivo al juicio y a la razón en el acto de percepción más simple; y esto es cierto tanto en la percepción del mundo natural como en la del mundo social. Los sentidos, por sí solos, nunca pueden crear el mundo tal como lo conocemos en nuestra conciencia; la cooperación de la mente es una necesidad absoluta.

El Iluminismo es el punto de partida lógico para quien esté interesado en los orígenes de la sociología. En ese período puede verse, con más claridad que en los anteriores, el surgimiento del método científico. La razón, por sí sola, no proporciona conocimiento de la realidad; tampoco puede lograrse este a través del uso exclusivo de la observación y la experimentación. El conocimiento de la realidad natural y social depende de la unidad de la razón y la observación en el método científico. Los pensadores del Iluminismo estaban tan interesados en la sociedad y la historia como en la naturaleza, y les consideraban una unidad indisoluble. Al estudiar la naturaleza, inclusive la naturaleza del hombre, se puede conocer no solo lo que es, sino también lo que es posible. De igual modo, estudiando la sociedad y la historia se puede conocer no solo el funcionamiento del orden fáctico existente, sino también sus posibilidades intrínsecas. Estos pensadores eran "negativos" en cuanto mantenían siempre una actitud crítica frente al orden existente, el cual, según opinaban, ahogaba las potencialidades del hombre y no permitía que lo posible emergiera del "es". Estudiaban científicamente el orden fáctico existente para aprender a trascenderlo. Estas premisas, veremos, fueron aceptadas, modificadas o rechazadas durante el desarrollo posterior del pensamiento sociológico. Así, buena parte de la sociología occidental se desarrolló como reacción al Iluminismo. Pero antes de examinar esta reacción será conveniente analizar dos philosophes que pueden ser considerados como los precursores de la teoría sociológica.

Estudios de Psicología

